

Prólogo

Al principio de su autobiografía, el filósofo John Stuart Mill creyó que debía defender haberse dado el lujo de escribir la historia de su propia vida. Como no había llevado una vida llena de aventuras, no le parecía que fuera de gran interés, pero su célebre educación intensiva —su padre fue quien le educó en casa, aprendió griego a los tres años, leía a los grandes clásicos a los diez, y en la adolescencia su nivel de matemáticas ya era muy elevado— *fue* extraordinaria y él se alegraba de admitirlo.

Mi vida no justifica la tala de más árboles y la educación que me dieron en la infancia no tiene nada de extraordinaria. Con todo, tuve suerte con la formación que recibí de adulto, aunque fuera más bien fruto de la casualidad, ya que me ofreció la oportunidad de leer sistemáticamente a lo largo de diez años cientos de libros notables en el ámbito de la autoayuda, el éxito, la motivación, la espiritualidad y la psicología, de resumir sus puntos más importantes y extraer comentarios sobre un género de libros que se podría llamar libremente de «autoayuda».

Por agradables e inspiradores que fueran, cuantos más libros leía, más sentía que les faltaba algo y que esta carencia hacía que apenas les sirvieran a muchos lectores. Ahora me doy cuenta de que este elemento que faltaba me había preocupado la mayor parte de mi vida adulta, y sólo más tarde vería cómo mi trabajo y mi vida personal convergían.

Desde que tenía veinte años me había dado la sensación de estar jugando al escondite. Al terminar el instituto seguí estudiando como la mayoría de mis amigos, y decidí matricularme en una escuela de Bellas Artes, donde hice cursos de fotografía y cine. Mi idea era ser fotógrafo artístico. Pero a los tres años decidí que la escuela de Bellas Artes no era lo mío y no terminé los estudios.

Dejé atrás mi ciudad natal y la confortable vida que llevaba y decidí trasladarme a una urbe más grande para estudiar otra cosa. Siendo mayor que los otros estudiantes, me sentía presionado a rendir en los estudios para justificar mi decisión y me esforzaba el doble. Como no disponía de una beca ni de préstamos, tuve que pagarme la carrera realizando una variedad de trabajos que apenas me permitían hacer vida social.

Uno de ellos fue en una tienda vendiendo periódicos y revistas. Al llegar el fin de semana, mi jefe me daba las publicaciones que no se habían vendido y yo me las llevaba a la residencia de estudiantes donde me alojaba para leerlas en mi habitación. La revista *Success* me llamó la atención por su título. Yo era ambicioso, pero no sabía qué me depararía el futuro. Creía que los triunfadores eran de otro mundo, que llegaban a la cumbre gracias a los designios del destino o a la buena suerte. Pero *Success* decía a sus lectores que ser un triunfador era más bien una cuestión de *decidir serlo*. Lo más difícil era llegar a creerte que pudieras triunfar. Una vez resuelto este problema, lo único que necesitabas era un cierto grado de dedicación y concentración.

Parecía una afirmación razonable, pero no podía ignorar que en la universidad yo iba tres cursos atrasado respecto a los jóvenes de mi edad y ya había perdido al menos un tren importante. Pero mis inseguridades me sirvieron para que me interesara por la edad a la que la gente conseguía logros importantes. Cuando leía la reseña de un periódico o miraba un documental por la televi-

sión, me descubría diciendo: «Si él lo ha conseguido a los 27, ¿cuántos años me quedan a mí para hacer algo extraordinario...?» Los medios de comunicación estaban llenos de triunfadores jóvenes y no me gustaba lo que veía cuando me comparaba con ellos, porque yo todavía estaba batallando con mi carrera. Me encantaba encontrarme con la biografía de personas que habían empezado a dedicarse a lo suyo más tarde que el resto o que habían triunfado a una edad madura. Estos ejemplos me permitían relajarme un poco y centrarme en mis estudios.

La «prestigiosa» profesión que elegiría era tan absorbente que no leí mi primer libro motivacional hasta los 26 años. Un par de años después, decidí dejar mi trabajo y dedicarme a lo que en aquel tiempo me parecía una opción muy «estrabótica»: escribir libros relacionados con el crecimiento personal. Este género me apasionaba, pero me sorprendí al ver que se encontraba en una etapa parecida a la de la biología antes de Darwin y a la de la economía antes de Adam Smith. Es decir, era un campo de conocimiento apenas apoyado por pruebas empíricas que se basaba en las suposiciones y prejuicios de los primeros entendidos en la materia. Casi todos los libros de este género trataban de «transforme su vida» en el menor tiempo posible, pero si estas técnicas funcionasen tan bien como sus autores aseguraban, todos los que leyeran esta clase de libros, escucharan los cedés y asistieran a los seminarios tendrían que haberse convertido en grandes triunfadores al cabo de uno o dos años. Vi que estos libros apenas tenían en cuenta el papel que desempeña el *tiempo* en el progreso de una persona. Por un lado, era casi demasiado evidente: un logro importante lleva muchos años. Y sin embargo ninguno de los libros que leí se atrevían a reconocerlo, todos fomentaban el éxito rápido.

La inmensa mayoría de triunfadores que cito en el libro tardaron años en alcanzar su logro. Ninguno triunfó de la noche a

la mañana. ¿Y si el «éxito cocinado a fuego lento», me preguntaba, no fuera la norma, sino el *único* camino al éxito verdadero? Si la vida humana se compone de una limitada cantidad de años, en ese caso el éxito tenía que ver con el ritmo, las pautas, la secuencia o la trayectoria del logro alcanzado, como ocurre con cualquier otra cosa. ¿Cuánto tiempo había tardado aquella artista en crear su obra maestra? ¿Qué estaba realizando aquel científico antes de hacer su gran descubrimiento? ¿Qué edad tenía aquel emprendedor cuando se le ocurrió montar un negocio y cuando empezó a prosperar? Si era posible estudiar el «éxito personal», todas estas preguntas —en las que el tiempo tenía un papel importante— eran fundamentales.

No podía sacarme de la cabeza una cita que había oído:

«La mayoría de la gente sobrestima lo que es capaz de conseguir en un año y subestima lo que puede conseguir en una década.»

Esta afirmación coincidía con mi propia experiencia y la de personas que conocía. Me habían hecho creer que el tiempo era mi enemigo, una fuerza contra la que luchar para alcanzar mis objetivos. Me empecé a preguntar si este enemigo no se convertiría en mi aliado si lo conociera mejor. Sabía que los libros de autoayuda eran criticados por hacer soñar a la gente con grandes metas y planes que eran en realidad inalcanzables. La gente duda de que un gran seminario motivacional pueda sacar a alguien de la mediocridad para que llegue a lo más alto. Sin embargo, he visto un sinnúmero de evidencias que demuestran que cualquier persona puede conseguir grandes metas y que solemos materializarlas *cuando nos damos el tiempo necesario* para ello.

Mientras escribía los cinco libros que llevo publicados, me estuve alimentando a diario con una dieta a base de un material

sumamente inspirador que me ayudó a mejorar y a ser más competente en muchos sentidos. Pero la inspiración no puede sustituir al esfuerzo. Lo que me motivó a dedicarme a escribir los libros no fueron las charlas motivacionales, sino la presión de la fecha de entrega. Descubrí que si divides un gran proyecto en pequeñas etapas y las repartes en un espacio de tiempo adecuado es más fácil llevarlo a cabo.

También advertí que muchos de los grandes triunfadores sobre los que había leído y escrito habían descubierto su gran proyecto o su pasión después de dedicarse durante años a otras cosas, después de haber vivido otra vida y después de haber hecho otras carreras. A todos les llevó su tiempo dedicarse a lo suyo. En muchos momentos debieron de tener la sensación de no estar yendo a ninguna parte, pero cuando observamos sus historias en retrospectiva, vemos que estaban preparados para dejar su huella en el mundo.

El crecimiento personal exige una revolución. En lugar de engañar a la gente haciéndole creer que puede hacer cosas extraordinarias en sólo un año o dos, es mucho más productivo aceptar el importante papel que tiene el tiempo en el éxito. Aunque esto no significa que debamos ser *menos* ambiciosos, simplemente sólo tenemos que *ajustar* el tiempo en que esperamos alcanzar algo. Esta teoría alternativa del éxito también tiene en cuenta las desconcertantes vueltas, rodeos y serpenteos que da la vida antes de llevarnos a nuestro destino. La vida es lo que nos va sucediendo mientras nos empeñamos en hacer otros planes, como decía John Lennon, y tenía razón.

Sin embargo, al ver las cosas a largo plazo, podemos dar forma a nuestra vida con más precisión de la que creemos. Y lo más importante es que como en la actualidad la mayoría vivimos más años, raras veces es demasiado tarde para *comenzar* un camino extraordinario.

No es demasiado tarde...

Tal vez ha leído un montón de libros motivacionales que le han dicho que puede «hacer lo que se proponga», pero quizá lo que ahora necesita no es blandir el puño al aire ni andar descalzo sobre las brasas para «sentirse más seguro», sino conocer ejemplos de personas reales que sólo empezaron a triunfar a la misma edad que la suya.

Este libro contiene muchas biografías resumidas de personas «extraordinarias» en el sentido convencional. Aunque le parezcan figuras irrelevantes que ya son historia, le pido que siga leyendo sus vidas mientras se las relato, porque estas personas tenían la misma edad que la suya y también se enfrentaron durante mucho tiempo a numerosos retos antes de volverse famosas.

Al igual que no debemos descartar nunca el efecto que las figuras del pasado pudieran tener en nuestra vida, lo que usted haga en los próximos diez, veinte o treinta años de su vida también podría influir positivamente en las generaciones futuras. Aquí tiene su oportunidad. Y no es demasiado tarde para aprovecharla.

Introducción

¿Desea hacer algo extraordinario y sentir que tiene algo especial esperando a que lo descubra?

¿Cree que todavía le queda tiempo para alcanzar lo que lleva deseando hace mucho?

¿Su profesión, su compañía o su organización va por buen camino, pero sigue esperando desarrollar todo su potencial?

Si es así, este libro es idóneo para usted. Y en el caso contrario, tal vez le sea útil o le vaya bien a una persona cercana, pues le mostrará que pocas veces es demasiado tarde —y que raras veces somos demasiado mayores— para alcanzar lo que nos importa de verdad. Y también que las razones que los demás suelen darnos por no haber conseguido algo en la vida —y las que uno se da a sí mismo— carecen de fundamento. Porque la buena noticia es que le queda mucho más tiempo del que cree para lograr sus objetivos.

Tal vez piense que ha perdido una gran oportunidad para progresar, o que ya está en una etapa demasiado «avanzada» de la vida para tomar un rumbo nuevo y excitante en ella. Quizás acabe de perderse un ascenso en el trabajo, o alguna otra gran oportunidad que parece estar desvaneciéndose. *A lo mejor quería llegar demasiado alto*, se dice a sí mismo. La familia, los amigos o los colegas le aseguraron que su proyecto era imposible y usted empezó a creerles. *¿Quién soy yo para pensar que puedo hacer algo único que expresará mis más profundos intereses y ap-*

titudes? Si esto es lo que está pensando ahora, en este libro encontrará otra voz a la que escuchar.

Seguramente tiene un montón de deseos y sueños y no necesita que nadie le motive para alcanzarlos. El ámbito motivacional hace todo lo posible para que la gente triunfe con mayor fuerza, pero los hechos por sí solos pueden ser más inspiradores que las promesas de «cambie su vida en siete días». Curiosamente, yo creo que es *más* probable que triunfe en cuanto deje de perseguir «grandes momentos» en los que se sienta motivado y se dé el tiempo necesario para hacer realidad un proyecto. Si lo hace, tal vez al principio le parezca progresar con lentitud, pero los resultados finales le dejarán asombrado.

Este libro se basa en dos sencillas observaciones:

1. Los grandes logros tal vez lleven más tiempo del previsto...
2. En la época en que vivimos, pocas veces es demasiado tarde para empezar algo extraordinario.

Ahora que la esperanza de vida es mayor, tenemos la ventaja sobre nuestros antepasados de poder esperar *finalizar* un gran proyecto. Con estos años de más de los que disponemos, no podemos decir que ya es demasiado tarde.

Anthony Robbins observó que la mayoría de la gente *sobrestima lo que es capaz de conseguir en un año, y subestima lo que puede conseguir en una década*.¹ ¿Le parece que es verdad? Todos hemos oído hablar de la magia de pensar a lo grande, pero quizá sea el poder de pensar *a largo plazo* lo que nos hará despuntar del resto. Según mi propia experiencia, el problema no está en la magnitud de las metas, sino en el tiempo que nos damos para alcanzarlas.

Cuando la gente, las compañías o los productos se vuelven famosos, parece inevitable que acaben triunfando, pero no

siempre es así. Al examinar lo que las personas extraordinarias estuvieron haciendo *antes* de dejar su huella en el mundo, este libro pretende destruir de una vez por todas el mito del éxito alcanzado de la noche a la mañana y mostrar por qué el «éxito cocinado a fuego lento» es la norma y no la excepción.

El universo está lleno de ejemplos que sugieren que cualquier cosa que valga la pena lleva su tiempo. Ninguna persona ha nacido siendo famosa, al igual que las compañías, los productos o los movimientos importantes no se crean de un día para otro. Con todo, en nuestro veloz mundo moderno envidiamos el papel del tiempo y nos amedrenta los años que lleva realizar un buen proyecto. Lo rápido y lo fácil siempre es más atractivo, pero el deseo de obtener resultados instantáneos, por humano que sea, hace que nos cerremos cada vez más a los caminos que nos llevarán a un logro más sustancioso y duradero.

Pablo Picasso dijo en una ocasión: «Yo no evoluciono, yo soy». Se refería a que todo cuanto había creado ya existía bajo alguna forma, sólo necesitaba el tiempo necesario para plasmarlo. Cuando vemos la vida como Picasso, no nos *volvemos* algo, sino que ya lo somos, simplemente necesitamos algunos años para poder expresarlo como es debido.

Es posible que a su vida, y al éxito que ha estado deseando, les falte un ingrediente esencial y este libro trata de él. No afirmo que «le cambiaré la vida», pero estoy seguro de que le ayudará a pensar de otro modo y le dará otra oportunidad para ser una persona extraordinaria *a su manera y a su propio ritmo*.

1

El precalentamiento

Por qué su vida es el resultado de lo que ha hecho hasta ahora

«Por mayúsculo que sea el talento o el esfuerzo, algunas cosas llevan su tiempo: no se puede tener un hijo en un mes dejando embarazadas a nueve mujeres.»

Warren Buffett

En el mundo moderno el tiempo se ve como un lujo escaso o un enemigo, pero Warren Buffett¹ se convirtió en el mayor inversor de la historia al ver el tiempo como un *aliado*. Tras elegir una compañía en la que invertir, dejó que el tiempo diera sus frutos y a menudo se aferró a una apuesta durante décadas. En un campo donde todo el mundo quiere ganar beneficios de un día para otro, el Sabio de Omaha triunfó precisamente por mostrar la actitud contraria: toma primero una buena decisión y deja luego que el tiempo se ocupe del resto.

Si bien las diversas tácticas y tecnologías nos permiten manipular las condiciones para que algo madure más deprisa, el

objetivo principal es la maduración en sí, y ésta lleva su tiempo. Epícteto, un filósofo griego de la antigüedad que vivió parte de su vida como esclavo, dijo:

«Nada importante se produce de pronto, ni siquiera la uva o los higos. Si ahora me dijeras “quiero un higo”, te respondería que hace falta tiempo: deja primero que florezca, y luego que dé fruto y madure.»

Epícteto concluyó esta reflexión diciendo:

«Si el fruto de una higuera no aparece de pronto ni madura en una hora, ¿cómo esperas que la mente de una persona produzca el fruto con tanta rapidez y facilidad?»²

En la lógica del éxito, nos obsesionamos con cuestiones relacionadas con el talento, las aptitudes y la inteligencia, pero esta actitud nos impide ver el poder de nuestra evolución natural. Muchos de nosotros no sabemos apreciar el papel que tiene el tiempo en nuestros esfuerzos, porque a primera vista el «paso del tiempo» parece debilitarnos en lugar de fortalecernos. Pero tal vez nos hayamos formado unas ideas y suposiciones falsas y necesitemos reemplazarlas por otras que aprovechen el tiempo, en lugar de evitarlo o luchar contra él.

Los pinos de conos erizados de la Gran Cuenca (*Pinus longaeva*) son los árboles vivos más antiguos de la tierra. Se encuentran en las laderas de las altas montañas del Parque Nacional de Inyo, en California, y algunos ejemplares tienen más de 4.000 años. Los pinos de conos erizados crecen a 3.500 metros de altitud, en el límite donde ya no prospera la vegetación boscosa, so-

portando temperaturas gélidas la mayor parte del año. Crecen en un «suelo» de sustrato de piedra caliza con muy pocos nutrientes, en laderas donde la lluvia es muy escasa. Como apenas existe vegetación ni cubierta vegetal, no corren peligro de que los incendios los destruyan, por lo que su madera sumamente densa y resinosa les protege de los ataques de insectos, bacterias y hongos, evitando con ello que se pudran.

Pero el precio de tan eficaz adaptación es un crecimiento lento. Los pinos de conos erizados de la Gran Cuenca sólo crecen, florecen y rebrotan durante seis semanas al año. Se desarrollan echando brotes de la antigua madera muerta. El resultado no es demasiado atractivo, pero en el particular medio donde viven su crecimiento lento y prudente les permite ser los árboles más longevos del mundo.

Por esta razón, un pino que parece un árbol joven puede ser centenario, y otro más alto de la misma especie, haber visto la formación y la desaparición de imperios y civilizaciones. La majestuosa secuoya gigante, que también pertenece a la familia de las pináceas, está emparentada con esta clase de pinos, pero en el mismo espacio de tiempo crece cinco veces más, ya que en el lapso que dura el ciclo de vida de una secuoya muchos pinos de conos erizados no han hecho más que empezar a echar ramas.

Los indios tarahumara del sudoeste de Chihuahua, en México, son conocidos por recorrer corriendo largas distancias. A veces hacen descalzos 300 kilómetros de un tirón para ir de una comunidad a otra sin que su ritmo cardíaco y su tensión apenas se diferencie de la que tendrían andando.

Dado que mostraban una resistencia tan inaudita, el Comité Olímpico Mexicano creyó que serían imbatibles en la maratón de 42,195 kilómetros y mandó a dos indios tarahumara a las

olimpiadas de 1928 en Ámsterdam. Pero los corredores tarahumaras no ganaron la prueba, ni tan sólo fueron de los primeros en llegar, sino que la culminaron en los puestos 32 y 35.

¿Qué les pasó? Cuando llegaron a la meta, siguieron corriendo sin darse cuenta de que la prueba olímpica había terminado. En cuanto los encargados del control les dieron alcance, los indios tarahumara exclamaron sorprendidos: «¡Es demasiado corta! ¡Es demasiado corta!»

Al psicólogo Milton Erickson³ le gustaba describir el incidente a sus pacientes. «Pensaban que los primeros cuarenta kilómetros eran de precalentamiento», les decía. Sidney Rosen, el biógrafo de Erickson, recordaba la historia cuando no conseguía poner en marcha un proyecto, o bien se topaba con dificultades frustrantes o se quedaba sin aliento al correr. En esos casos, le venía a la mente la frase: «Esto es sólo el precalentamiento». Al darse más tiempo, de pronto tenía más energía.

Tal vez usted crea que sus esfuerzos le superan, pero en estas páginas aprenderá a recobrar el aliento. Descubrirá que lo más probable es que lo que ha estado haciendo todos estos años no haya sido más que un precalentamiento. «La vida es corta», puede que le hayan dicho, o «La vida es una carrera de corta distancia con pocos ganadores». Pero cuando se enfrente a retos, se puede inspirar pensando en los corredores tarahumara empujando a coger el ritmo después de recorrer 80 kilómetros, o en los pinos de conos erizados echando ramas cuando otros árboles hace ya mucho que se extinguieron, y en la extraordinaria belleza de su crecimiento tan pausado.

En el éxito verdadero, al principio e incluso durante mucho tiempo, parece como si no estuviera ocurriendo nada. Desesperados, creemos haber elegido los ingredientes erróneos o la receta equivocada. Cuando echamos un vistazo al horno, todo sigue igual. Pero al volver al cabo de un rato, vemos de pronto una

masa oscura alzándose por encima del borde del molde. Lo que tiene valor suele crecer con tanta lentitud que no lo advertimos, actúa a una escala del tiempo que no podemos percibir. Al igual que los ojos y el cerebro humanos no pueden «ver» las plantas creciendo en tiempo real, muchas veces tampoco captamos el progreso que hemos hecho.

Tal vez esté acostumbrado a esperar ver resultados al cabo de días, semanas o meses, pero los resultados auténticos llevan más tiempo. Un proverbio italiano reza: *Che va piano, va lontano, e va lontano*. «El que va despacio, persevera y llega lejos». Observe que no está diciendo «al que va despacio las cosas le irán bien», sino el que va despacio *superará* sus propias expectativas.

Por desgracia, solemos rendirnos porque los signos del progreso son demasiado sutiles, pero como le mostrarán muchas de las historias de este libro, el punto en que creemos estar «acabados» es el que marca el principio de nuestro despeque. A los 40 años, Bill Wilson era un indigente alcohólico sin esperanza alguna. Wilson procedía de una larga línea familiar de borrachos, una herencia que podía haberle destruido. Pero en su lugar le azuzó a intentar cada vez con mayor desesperación escapar de su aparente destino. A los 43 fundó Alcohólicos Anónimos, un movimiento mundialmente famoso. A los 38, Jean Nidetch era una oficinista que estaba perdiendo su batalla contra la obesidad. Dos años más tarde parecía otra mujer, se había convertido en la fundadora de Weight Watchers Internacional. Tanto Wilson como Nidetch habían tocado fondo cuando de pronto empezaron a triunfar.

Cada uno de nosotros tenemos unos cimientos sobre los que crear algo asombroso. Nuestras experiencias vitales pueden parecernos precisamente aquello que *no* queremos, pero más tarde descubrimos que han sido los componentes básicos de nuestra vida. El secreto está en tener una visión de futuro y en

preguntarnos continuamente cómo podemos usar el pasado y nuestras vivencias para unos buenos fines. La vida moderna está concebida para gratificar al ego, pero si nunca pensamos en lo que más nos conviene, nuestra vida será muy limitada. Al pensar en lo que puede beneficiar a mucha gente en lugar de barrer sólo para casa, lo más probable es que desarrollemos nuestro potencial.

A los 77 años Arthur Schopenhauer sintió la necesidad de explicar por qué había decidido publicar una nueva edición de su gran obra *El mundo como voluntad y representación*. En el prólogo de la nueva edición incluyó una cita en latín: «*Si quis total die currens, pervenit ad vesperam, satis est*». («Si uno que camina todo el día llega por la noche, ya es bastante»).⁴ La cita le recordaba una antigua regla que también creía que justificaba su labor en el ocaso de su vida: «La influencia durará en proporción a lo tarde que haya comenzado».

Las leyes de la probabilidad seguramente sugieren que, aunque todos podamos tener golpes de suerte, el universo raras veces nos pone las cosas fáciles. Pero en cuanto aceptamos esta verdad, ya estamos en camino de triunfar, porque el éxito que lleva tiempo de alcanzar no es una opción, sino el *único* camino si de lo que estamos hablando es de los auténticos logros derivados de la visión interior, la creatividad y el trabajo. Si ponemos un cubo debajo de un grifo que gotea, ni siquiera nos preocuparemos en cerrarlo bien porque apenas sale agua. Pero tras acostarnos, a la mañana siguiente descubriremos... ¡que el cubo está lleno! ¿Cómo es posible si el grifo apenas goteaba? Simplemente ha dispuesto de varias horas para gotear.

Richard Koch, una persona muy excepcional en el mundo del crecimiento personal y de los negocios, que se toma el tiempo muy en serio, señala:

«[...] al contemplar el tiempo como una dimensión que no forma parte de nuestra vida, lo vemos enseguida como limitado y reducido, como nuestro enemigo en cierto modo, o al menos como un lujo muy escaso. Pero el tiempo no es ninguna de estas cosas. El tiempo es una dimensión de nuestra vida y de nuestras experiencias vitales. Forma parte de lo que hacemos y de quiénes somos».⁵

La teoría de la relatividad de Einstein cambió por completo nuestra idea del espacio y el tiempo como dos realidades distintas. Hoy día el mundo de los negocios y la sociedad están organizados basándose en que el tiempo es distinto del espacio. Por un lado, hacemos cosas y, por el otro, está el tiempo que tardamos en ejecutarlas. Pero Koch, siguiendo a Einstein, nos sugiere ver el tiempo como parte de un producto o servicio, como uno de sus atributos.

El éxito verdadero es fruto de un «tiempo rico» o de una profunda reflexión sobre una empresa o un problema. El *resultado* de esta reflexión podría ser una condensación del tiempo (por ejemplo, un gran libro que se puede leer en una hora quizás haya tomado siete años en escribirse; o un producto como unos fideos instantáneos puede haber llevado diez años en crearse). Lo más rápido o fácil de hacer es lo que la gente más valora y, sin embargo, la rapidez o la «facilidad» de algo es producto de años de práctica, perfeccionamiento, amor, reflexión y habilidad.

Aunque parezca evidente decir que cada uno de nosotros somos el producto de cómo hemos empleado el tiempo, aceptarlo significa tener una ventaja sobre los que están siempre luchando contra el tiempo. El mero hecho de haber dedicado años y décadas a algo, significa que nuestra inversión en lo que le ofrecemos al mundo es de calidad, puesto que cualquier cosa hecha con amor a lo largo de años es más valiosa que otra hecha con estrés y prisas.

Antes de empezar

Desde Aristóteles, los filósofos han intentado definir qué significa llevar una «buena vida». En la actualidad, gracias a la mayor esperanza de vida y a los recursos y las opciones que muchos de nosotros tenemos, esperamos llevar como mínimo una «gran vida». Pero esto no es tan descabellado como parece. Los siguientes capítulos le mostrarán que la adopción de marcos de tiempo razonables hace que sea más previsible de lo que parece alcanzar el más ambicioso de los proyectos.

Al ampliar su idea del tiempo usted se renueva, con lo que tendrá más energía para descubrir o empezar los grandes proyectos de su vida, tanto si se trata de iniciar una nueva carrera o un negocio, formar una familia, dominar una materia o embarcarse en una gran aventura que tenga que ver con un viaje o una empresa social. Pero para triunfar en ello es crucial que entienda el tiempo de forma realista, tanto para poner en marcha su proyecto como para finalizarlo.

Tal vez no acabe de estar satisfecho con lo que ha alcanzado hasta ahora, pero la finalidad de este libro es hacerle ver que no está compitiendo con el tiempo, porque todo está ocurriendo a su debido momento. Lo mejor aún está por llegar y sea lo que sea lo que haya hecho en su vida, lo más probable es que no haya sido más que un precalentamiento.